

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

Núm. 86



Pequeñeces

(HISTORICO)

En una habitación lujosamente amueblada, yacía en el lecho del dolor una niña de trece años, demacrada, pálida y respirando anhelosamente.

Su padre, hombre sectario y anticlerical furibundo, jamás había permitido educar á su hija en la religión cristiana. Su madre arrastrada por las vanidades mundanas y por los respetos humanos, tampoco conservaba mucha fe, apesar de la buena educación que recibió. La pobre niña, por consiguiente, jamás había oído hablar de Dios, ni practicado ningún precepto de la Iglesia; pero en cambio había asistido á representaciones teatrales, que hacen subir el rubor al rostro del más descocado presidario y había leído novelas y periódicos pornográficos, que le habían hecho concebir una idea repugnante de la religión y sus ministros, á quienes con sobrada malicia llamaba *cuervos*.

La jovencita se agrava y empeora rápidamente hasta el punto que el médico hace tristes pronósticos:

El padre y la madre de esta hija única lloran inconsolables.

Su madre en un momento de angustia, acordándose de su antigua fe, se atreve á decir á su esposo: «sabes que debiéramos llamar á un sacerdote...» Pero él se encoge de hombros y le vuelve las espaldas...

La madre ve en tanto la gravísima responsabilidad que sobre ella pesa por haber dado á su hija una educación laica, y en un generoso arranque de amor maternal, vuelta al marido le dice: «condéate tú si quieres, yo quiero salvar á mi hija; voy á llamar á un sacerdote.» —¿Y qué van á decir los vecinos, y qué mis amigos cuando lo sepan?—murmuraba tímidamente el marido, sin atreverse á impedirlo del todo.

La madre fué en busca de un sacerdote, en tanto que el padre, arrimándose á la cabecera de la niña doliente, la hablaba así, movido tal vez de interno

remordimiento: «No temas nada, hija mía... Piensa que acaso habrá alguna cosa después de esta vida... Encomiéndate a Dios...»

La enfermita quedó en silencio un instante y luego, con tranquila placidez preguntó: «Pero papá, ¿qué es eso de encomendarse á Dios...?»

El padre no sabe cómo salir de tan embarazosa situación; hace votos por que venga cuanto antes el sacerdote, y se retira pensando en la disculpa que ha de dar después á los amigos, echándole á su mujer la culpa de todo.

En esto, llega por fin la madre acompañando al sacerdote... Más, no bien la niña le vé, da un grito de terror, exclamando fuera de sí: «¡Ay, el cuervo!.. ¡ay el cuervo! ¡que viene á comerme...! ¡qué miedo...!»

Esconde el rostro entre las sábanas y expira, ahogada en un vómito de sangre...

FULGENCIO ESTEBAN

El pan y el arroz blancos

Si el pan demasiado blanco pasa, con mucha razón, por ser menos nutritivo que el moreno, porque los elementos más nutritivos del trigo, aquéllos cuyo valor alimenticio es mayor, son también los que dan á la harina un color oscuro. Y como están alejados de las cubiertas del grano, inmediatamente debajo de las envolturas leñosas que constituyen el salvado, desaparecen poco á poco á medida que se multiplican los cernidos.

Esto no solamente ocurre con el trigo, sino que pasa igualmente con el arroz.

Todo el mundo, durante la guerra ruso-japonesa, admiraba la resistencia física de los japoneses. ¿Cómo es posible, se decía, que unos hombres que se alimentan casi exclusivamente de arroz desplieguen tanta energía, tal vigor y tenacidad?

Conviene recordar aquí, que el arroz no goza de gran fama desde el punto de

vista de su poder alimenticio, pues se considera que apenas contiene más que almidón; y por eso las proezas de los japoneses tenían algo de incomprensible.

Pero el misterio ha cesado de serlo desde el momento en que alguien se le ha ocurrido averiguar de qué manera los nipones comen el arroz, y ha comprobado que éstos lo mismo que los otros pueblos del extremo Oriente, comen el arroz *entero*, es decir sin quitarle la cáscara, en la cual, y esto ocurre también con el trigo, están precisamente las partes más nutritivas, puesto que contienen un 12 por ciento de materias albuminoideas, y 4 y medio por ciento de ácido fosfórico.

Nosotros, los *Rostros Pálidos* nos apresuramos á desembarazarnos por medio de cernidos y cepillados, de esa película de color oscuro, y así obtenemos un arroz soberbio, muy blanco, nacarado, pero de muy poco poder nutritivo.

Los japoneses no son tan tontos que se fíen de las apariencias. Su arroz no es bonito, pero contribuyó á hacerles apoderar de Port Arthur.

DR. X.

DOS PENSAMIENTOS DE MIGA

I

Repulsiva por demás fué la conducta de Judas vendiendo á su Maestro en treinta dineros. ¡Hoy le venden muchos católicos (?) por un simple *vale* de periódico!

II

Se les pasa el tiempo á muchos de nuestros *conspicuos* echándose las de fanfarrones contra la Iglesia y luego cuando les llega su *última hora*, se les ve, muy contritos y temerosos, acogerse á esa misma Iglesia, creyendo todo lo que ella manda creer y *mas todavía si preciso fuera*, esperando que Dios les perdone lo que hicieron por el afán de *significarse*.

CATEQUESIS

Verdades que es necesario creer.

EL CREDO

—¿Cuáles son las verdades de la fé que es absolutamente necesario conocer y creer para salvarse?

—La existencia de Dios, que premia á los buenos y castiga á los malos; el misterio de la Santísima Trinidad y el de la Redención.

—¿Cuáles debemos conocer y creer por necesidad de precepto?

—Las contenidas en el Credo, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, el Padre nuestro y los Sacramentos.

—¿Qué cosa es el Credo?

—Es el compendio de las principales verdades que Dios nos ha revelado.

—¿Por qué se llama *Símbolo* de los Apóstoles?

—Porque ellos lo compusieron.

—¿Para qué lo compusieron?

—Para estar de acuerdo en la predicación de la fé, y para dar á los fieles un compendio fácil y uniforme de las verdades enseñadas por Jesucristo.

—¿Cuándo lo compusieron?

—Después de la venida del Espíritu Santo sobre ellos, y antes de separarse para predicar el Evangelio, según el mandato recibido de Nuestro Señor.

—¿Cómo se divide generalmente el Credo?

—En doce artículos, que son los siguientes:

Primer artículo del Símbolo

Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

DIOS

—¿Quién es Dios?

—Dios es el Creador y Señor de todas las cosas.

—¿Cuántos dioses hay?

—Un solo Dios, no más.

—¿Cómo sabemos que existe un solo Dios?

—Porque El mismo lo ha revelado y así también lo demuestran sus obras y perfecciones infinitas.

Existencia de Dios.— Un ilustrado viajero fué arrojado por un naufragio á una isla desierta. Cuando la recorría desolado en distintas direcciones, indecible fué su asombro al encontrar un palacio magníficamente amueblado, adornado con preciosos cuadros y provisto de una escogida biblioteca. No obstante, ni en el palacio, ni en toda la isla pudo descubrir persona alguna. Sin poder explicar este fenómeno, se preguntó lleno de extrañeza: ¿Acaso este admirable edificio con sus muebles, cuadros y libros será obra de una combinación puramente fortuita? No, esto es imposible, dijo: aquí se revela la inteligencia y el trabajo del hombre. (Paráb. de Fenelón).

Del mismo modo «el cielo cuenta la gloria de Dios y el firmamento publica la excelencia de sus obras.» (Ps. XVIII, 2).

¿A dónde van?!

Muchas veces al observar esas masas inconscientes de obreros que al silbo engañador de esos falsos apóstoles del pueblo se congregan y unen y cual dóciles corderillos les siguen y secundan sin conocer todo el valor y realidad de las mentidas promesas que explotando su mísera situación les proponen, nos hemos preguntado al verles caer en esa nueva y lamentable servidumbre ¿a dónde van?!

¿Van tranquila su conciencia y rebozante su corazón de fe y amor á Dios á rendirle el homenaje del alma agradecida por la merced inmensa de haberles concedido nacer en el seno de la religión católica, la única verdadera, que encierra en si los principios salvadores de redención que redimieron al hombre de la esclavitud antigua y son los únicos que pueden redimirle de la de nuestros días?

¿Van seguros de conseguir el reparto social, en absurdo señuelo desmentido por el sentido común, ó á mejorar de posición depositando sus ahorros en las cajas de resistencia haciendo propietarios y burgueses á sus corifeos y apóstoles?

¿Van á transformar y mejorar la sociedad trastornando el orden social, arrebatando á sus mujeres el pudor, y sembrando en las tiernas inteligencias de sus hijos las demoleadoras ideas de la moral independiente y del odio á Dios?

¡Infelices! en su ignorancia ó en su desesperación olvidan que nunca, jamás, en el halago de las pasiones ó en los odios del corazón se han encontrado los raudales del bienestar y de la tranquilidad, del sano y verdadero goce, del que levanta el alma y la ennoblece repartiendo el amor entre sus hermanos.

No, por mucho que los obreros vean se les promete, nada hallarán que obtenga la completa y brillante realidad que les pregonan. Unicamente los principios católicos son los que infiltrándose en todos los órdenes de la vida han podido dar patente muestra de su veracidad y fecunda savia.

Sin remontarnos á los antiguos tiempos, en que los proletarios eran equiparados á las cosas, en que la dignidad de la mujer era desconocida y otros excesos semejantes, destruidos y aniquilados con las enseñanzas católicas proclamando la verdadera igualdad y fraternidad cristianas, no tenemos más que fijarnos en los actuales. ¿Quién sinó la Iglesia católica proclama y contiene muy alto los deberes sociales del amor al prójimo, de la justicia, de la misericordia, del respeto al bien común? ¿Quién sinó la Iglesia señala á los Estados la obligación en que se hallan de trabajar en una amplia legislación protectora para los obreros, oponiéndose á los principios y exigencias del liberalismo? Y ejemplo práctico de esta verdad es que no hay Estados que cuenten con mejor legislación obrera que aquellos que han sido gobernados por elementos católicos ó

han sido dóciles á las influencias y propagandas de los mismos.

Desengáñense los obreros; en el campo católico tienen ancho campo para su organización y justas reivindicaciones, ya que la Iglesia Católica fué siempre la más celosa de su mejoramiento y consideración social. En él pueden y deben organizar sus agremiaciones y uniones profesionales, sus sindicatos y cajas, sus cooperativas de todos géneros. Fuera de él encontrarán tal vez halagadoras palabras, muchas, muchas promesas, pero hechos y realidades, sacrificios y abnegaciones, esos no los hallarán mas que en aquellos que practiquen y profesen la admirable y sin igual doctrina predicada por Jesucristo en su inolvidable sermón de la montaña.

(Revista del C. de O. de Valladolid)

Los Sacerdotes

—Hay sacerdotes malos: ¿cómo es posible que sean ministros de Dios?

—No puedo ocultarle, amigo Noncredo, que ciertos Judas, Arrios, Nestorios, Luteros, Giordanos Brunos y Galeotes han mancillado con sus desórdenes ó infidelidad el cielo purísimo de la Religión católica; pero jamás lograron ofuscar estas sombras nefastas los rayos esplendentes del sol de la caridad y celo evangélicos personificados en los Vicentes de Paúl, Franciscos de Sales, Felipe Neri, Ignacios de Loyola, Javieres, Camilos de Lelis, Curas de Ars, Beatos Oriols y Clarets. El árbol se conoce por sus frutos. La triste gloria de aquéllos fué pervertir la sociedad y anegarla en un mar de discordias y sangre, mientras éstos levantaron su nivel moral y la encauzaron por la senda de la concordia, la paz y el amor. ¿Por quiénes optaría V.?

Toda excepción confirma la regla, y por ser tan raros estos padrones de ignominia, que la Iglesia por otra parte ha condenado con energía, llaman tanto la atención...

Una mancha siempre resaltará más en la blanquísima alba sacerdotal que en la librea de un carbonero.

Dios no ha querido mandar ángeles para la distribución de sus gracias, sino hombres sujetos como sus hermanos á las humanas flaquezas, para que supiesen mejor compadecerse de ellas. Y cuenta que las aguas de la celestial doctrina nada pierden de su bondad característica que nos sean transmitidas por un caño de oro, plata ó arcilla, como no se hallaría hombre tan insensato que dejase de recibir con agrado un real beneficio por haberle sido otorgado por un ministro desleal é indigno.

Además, ¿no dijo el Señor de los escribas y fariseos: «No miréis lo que hacen, practicad empero lo que os dignan?»

R. Altimiras, S. F.

Carta abierta

Querido amigo Alvaro.
Madrid.

Iba á contestar, en la forma de costumbre, á la tuya del pasado mes y, pensándolo mejor, lo hago en *carta abierta* y en «El Amigo del Pobre» porque *tú me dices y yo te digo* cosas que cuanto mas públicas se hagan mejor.

Todo extrañado me cuentas en la tuya que H., conocido escritor anticlerical, está desde primeros del mes pasado en vuestra redacción, siendo de los que mas se distinguen ahora por sus escritos (con pseudónimo) en favor de la Iglesia, sin que á este cambio haya precedido ni una retractación en regla de pasados errores, ni le acompañe, á fin de dar mas fuerza á lo que predica, una buena conducta, pues sigue tan *ligerillo de cascos* como antes. Le despidieron, dices, del diario donde escribía y acudió á vosotros que visteis en ello un medio de traer á buen camino una oveja descarriada. Se prestó de buenas á primeras á lo que de él exigisteis como periodista y no hubo mas hasta el presente.

Aquí en Gijón conocí yo otro por el estilo que al quedar cesante en el periódico anticatólico que se publica en esta localidad, ingresó como reporter, por circunstancias que no vienen á cuento, en el diario católico «El Popular». No se concretaba á su obligación de informar de los asuntos del día á los lectores sino que, *exponámente y por simpatías á la causa de la religión*, como él decía, nos largaba artículos doctrinales dignos de una revista piadosa. ¡Quién lo diría, él que poco ha lanzaba en el otro diario disparates y herejías á granell

Advirtiéndole yo un día este *cambio brusco* en su manera de decir, me respondió así: «Desengáñese V., señor O.... todos son efectos del *modus vivendi*, de la *bucólica*. Hay que vivir, hay que comer á cualquier costa; si lo dan los *blancos* hablando de virtudes, saliendo en defensa de la verdad, si lo dan los *rojos*, encomiando el vicio, defendiendo el error con todas sus consecuencias.. Nosotros los que tenemos el manejo de la pluma en el periódico, como un oficio no podemos tener convicciones. Nos lo dijo ya no se qué Obispo «somos plumas asalariadas» y estas *plumas asalariadas* hoy son una legión, todo lo discuten, todo lo involucran, todo lo trastornan á gusto del que *paga*... ¿no ve V. también lo que pasa en el teatro?: gusta el *género chico*, el *género sinvergüenza*, pues ahí están casi todos... todos los que manipulan entre bastidores haciendo de sicalípticos, para sacar mejor trimestre.

Será esto una gran vergüenza, pero es una necesidad. El periodista de buena fe, el que lucha por sus ideales contra viento y marea, consintiendo antes que claudicar, pasar trabajos.. morir, ese escasea aun en los mismos periódicos católicos. O el afán de figurar ó la necesidad de comer son los móviles de casi todos los periodistas del día. No obstante, no obstante, señor O... no ponga tan mala cara, yo aquí en lo mas recóndito de mi alma guardo la fe que me legaron mis padres, creo en Dios, creo que El nos ha de juzgar

que hay otra vida, pero... ¡ah, las miserias de este picaro mundol....

¿Ves, amigo Alvaro, ves el *hermoso ideal* por el que luchan muchos periodistas modernos? ¿Ves cómo abundan los que á cada momento estan con la *firmeza de las convicciones*... en la boca con la honradez (en el papel) de la profesión?... ¡Pobre pueblo que á tales maestros oye, que sus periódicos compral Está perdido, está perdido si el periodismo católico no entra con mas decision en la batalla, no se ve mas firmemente apoyado por los suyos. El *periodista católico* verdadero apostol de la verdad, de la justicia, de la caridad, debe mostrarse como el reverso del *periodista liberal*, los tiempos lo exigen.

Puestos en la brecha; mal podremos comunicar al pueblo virtudes que no poseemos. El ejemplo puede mucho, mas que la elocuencia. Si el pueblo se va haciendo tan positivista es porque no ve en sus directores mas que positivismo. ¿y en este espejo queremos que vea y estudie fe y patriotismo?

Eres joven, amigo Alvaro, tienes entusiasmos nobles, voluntad decidida por el periódico católico. Dios te conserve estas aficiones y te de facultades sobradas para trabajar ¡mucho y bien en la empresa, sin que se te contagien los *cambios de postura* de esos periodistas.... infames acaba de llamarlos el emperador de Alemania, ni te desesperancen en las beneméritas tareas de la buena prensa la deserción de algun compañero al campo liberal por el consabido *plato de lentejas*. El titulo de *periodista católico* en las presentes circunstancias es un titulo de nobleza y valentia como pocos, de nobleza porque el *periodista católico* está siempre en la brecha defendiendo la verdad y la justicia que periodistas y gobernantes liberales atacan; de valentia por que en esta defensa no se ve tan acompañado como quisiera y debiera!

Créeme, amigo Alvaro, con todas estas ventajas é inconvenientes, con todas estas alegrías y penas, mas penas que alegrías, tendría para mí como una gran desgracia vivir fuera de milicia ¡tan honrosa; en ella te desea muchos años de vida tu afmo amigo

J. O. F.

¿Quién niega la existencia de Dios?

Todo aquel que no puede oír el santo nombre de Dios sin manifestar la rabia ó el miedo que aquel nombre le inspira.

¿Quiénes se sublevan contra el dogma de los castigos eternos?

Todos los que por sus audacias ó crímenes los han merecido.

¿Quién acusa á la Religión de hacer del hombre una bestia?

Los que retrotraen el origen del hombre al mono; y tienen á éste por padre, por hermanos á los demás animales, por regla de moral las pasiones más bestiales, y por fin del hombre la nada; los que quieren retroceder hasta el paganismo, alabando sin cesar sus tiranías, sus locuras y sus bacanales.

Menudencias

La de hoy va brindada á los amantes de la forma de gobierno republicana, á esos austeros ciudadanos que se pasan la vida hablando de los despilfarros de la monarquía y de la carga abrumadora, de la llamada lista civil; y los mimbres para tejerla nos los suministran ciertos datos estadísticos publicados por el «Heraldo de Madrid» acerca de la empleomanía.

Según el diario demócrata, el número de empleados públicos retribuidos existentes en Francia el año 1873 á los tres de establecida allí la república ascendía á 341.000, y actualmente tiene la Francia republicana 650.000 empleados en nómina, que cuestan al contribuyente la suma de 970 millones de francos, ó sea 630 millones más de los que pagaba el Erario por este concepto en los tiempos del imperio ominoso.

Verdad es, así lo dice el «Heraldo,» que no es caso insólito el de encontrarse jefe y empleado una vez al año en la oficina, para sostener un diálogo parecido al siguiente:

—¿Usted por aquí?

—Sí, señor.

—¡Qué casualidad!... ¿Cómo es eso?

—¡Psh!... Yo he venido—dice el jefe— porque como hoy es la fiesta de la República, el balcón me ofrece un bonito espectáculo... ¿Y usted?

—Yo, porque, ¿sabe usted? en casa, con los chicos, no puedo descansar, y como aquí nadie me molesta nunca... vengo á dormir.

En fin, no falta quien en Francia asegure que muchos empleados pasan la jornada de trabajo en la oficina, jugando el sueldo en carreras de caracoles, celebradas sobre las mesas de despacho.

Y no se crea que en algunos centros los servicios están desatendidos por falta de categoría de los funcionarios, pues para buen ejemplo citaremos el de los empleados en el Consejo municipal de París, que casi todos son jefes de negociado, como en algunos ejércitos mal organizados casi todos son generales.

Y es que faltando el temor de Dios, lo mismo con monarquías que con repúblicas todo vá de mal en peor. Hechos cantan.

Los bienes mal adquiridos

El que ha perjudicado á su prójimo en sus bienes, está obligado estrechamente á resarcir ó resarcir el daño, y si no lo hace, no puede alcanzar perdón de Dios ni absolución del confesor.

San Alfonso refiere que á un hombre rico se le gangrenó un brazo y estaba para morir; pero á pesar de todas las exhortaciones del sacerdote, no quería restituir lo ajeno. «¡No! decía, porque mis hijos se verían reducidos á mendigar.»

Entonces se valió el confesor de un artificio. Dijo que sabía un medio de curar la gangrena, es á saber, que un hombre se

dejara quemar la mano hasta que fluyera de ella un poco de grasa sobre la parte gangrenada.

Con esto llamaron á los tres hijos del moribundo, pero ninguno quiso someterse á tan cruel operación para salvar á su padre.

Díjole entonces el confesor: «¡Ahí teneis! Ninguno de vuestros hijos quiere dejarse quemar una mano por vos, y vos por ellos queréis ser arrojado al fuego del infierno.»

A lo cual contestó el enfermo: «Ahora se me han abierto los ojos. ¡Quiero confesarme y restituir!»

En efecto; la memoria de la eterna condenación retrae á muchos de la injusticia.

Una pobre viuda á quien un hombre rico había desposeído de su campo, fué á él todavía, y suplicó al rico le permitiera tomar un canasto de tierra. El hombre se lo consintió con burlona sonrisa; más como ella no pudiera cargárselo, porque pesaba mucho, rogó de nuevo al hombre que la ayudara. El lo quiso hacer, pero era tan o el peso, que no le fué posible.

Entonces díjole la viuda: «Pues si sólo este canasto de tierra os es ahora tan pesado, ¿cuánto no os pesará en la eternidad todo el campo?»

Estas palabras impresionaron al avariento, en términos que le restituyó el campo usurpado.

Conversión

Los periódicos de la Corte reflejan un hecho prodigioso y altamente consolador, acaecido en los últimos días del pasado mes de Noviembre.

Sebastián de Luque es un joven de carísima inteligencia y de inspiración artística. Por sus escritos y por su Cristo, escultura verdaderamente admirable, ha merecido los elogios más sinceros de toda la prensa europea y de los más renombrados artistas del mundo. Pero Sebastián de Luque, imbuido en la filosofía alemana, había tenido la desgracia de perder la fe, se había declarado impío y era un furibundo radical. Sin embargo, la gracia de Dios le ha salido al encuentro como á Pablo en el camino de Damasco.

Dos años hacía ya que Sebastián de Luque yacía postrado en la cama n.º 18, de la sala de Santiago del hospital de la Princesa en la Corte, víctima de una embolia y de una parálisis parcial. Siete eminencias médicas que le visitaron declararon mortal su aniquilamiento nervioso, y desahuciaron por completo al enfermo, que sólo cuenta veintinueve años de edad.

Viéndolo en tal situación, acercóse á él una de las Hermanas de la Caridad que sirven en el hospital, y le dijo: «¿Querriais hacerme un favor que pienso pedirvos?—Hable, V., Hermana,» respondió el enfermo con voz dulce y apagada.

«Muy pronto, el 27 de este mes, celebraremos la fiesta de la Medalla Milagrosa; de la ciencia ya sabe V. que poco ó nada tiene que esperar; ¿qué inconveniente tiene, pues, en pedir su salud á la que lo es de los enfermos?»

Sebastián de Luque, el que se había

burlado tantas veces del culto católico, quedó un poco pensativo; pero siguiendo el consejo de la Hermana, comenzó la Novena á la Virgen de la Medalla milagrosa. Durante los ocho primeros días, la enfermedad, lejos de ceder, iba en progresivo aumento: mas precisamente el día 9.º, 27 de Noviembre, fiesta de la Virgen Milagrosa, Sebastián, casi en el período agónico, á las cinco de la mañana pidió y recibió los Santos Sacramentos quedando después tranquilamente dormido, despertándole de este dulce sueño el Dr. Marianí á las ocho y media de la mañana.—¿Qué es esto? ¿qué ha pasado aquí?—exclamó sorprendido el doctor al observar la tranquilidad de aquel sueño, la desaparición de la fiebre, la normalidad del pulso y la notable mejoría.

¿Qué había pasado? que la Sma. Virgen había devuelto la salud del alma y del cuerpo á Sebastián de Luque, que desde entonces es un fervoroso creyente, como lo ha hecho público en su hermosa poesía ¡YO CREO! Y se propone consagrar su pluma y la inspiración de su genio á la causa de la Religión y de la Iglesia.

Aprendan en este ejemplo los anticlericales é impíos que tanto abundan entre nosotros.

Por si acaso...

Uno de esos impíos que se las echan de espíritus fuertes, dijo en cierta ocasión á un fraile capuchino:

—Padre: si después de tantas mortificaciones y penitencias como hace usted para alcanzar el cielo, resulta que no le hay, y que todo eso es una mentira, ¿buen chasco será el que usted se lleve.

—No, hijo mio, respondió el Padre. Yo por eso no perdería nada. ¡El chasco sería para vosotros; porque si después de pasaros la vida diciendo que no hay infierno, resulta luego que le hay, el desengaño no puede ser más tremendo, al ver que, á pesar de vuestras tontas negaciones caéis en él de cabeza.

Y el Padre, amigo lector, hablaba como un libro, y sus palabras deberían tenerlas muy presentes todos esos que tienen un empeño muy marcado en negar á cada triquitraque la existencia del infierno. Porque, aunque no fuera más que por si acaso existía, deberían vivir como si de cierto le hubiera,

Si tuvieran un poco de sal en la mollera, deberían discurrir de este modo: Todos los pueblos, y en todos los tiempos, han creído en la existencia de un lugar de penas eternas para los malos. Negar, porque sí, la existencia de ese lugar, no puede ser razón para que deje de existir. Vivir como Dios manda para no ir á parar á él después de la muerte, es una regla de altísima prudencia con la que nada se pierde. Todo se reduce á someterse uno á unas cuantas privaciones, que aun el mismo sentido común aconseja. Pero si por hacer alarde de una necia impiedad, niega uno que exista el infierno, y se pasa esta vida burlándose de los castigos eternos de la otra; y á última hora

resulta que sí, que existe ese infierno, que tantas veces se ha negado, el chasco no puede ser más terrible. En esta cuestión los que creen en el infierno no pierden nada, ni arriesgan nada; pero los que no creen, ó quieren vencerse de que no le hay, lo arriesgan todo, y dan pruebas de ser unos verdaderos locos. Prescindiendo de la revelación divina, la prudencia aconseja vivir bien por lo que pueda suceder.

F.

Correspondencia Administrativa

Sr. D. N. A. A.—Salvatierra.—Pagó 1909.

Sr. D. I. M. G.—Laspra.—Pagó 1908.

C. G. de Oviedo.—Abonado hasta fin de Diciembre 1908.

Sr. Regente de Lada.—Abonado hasta fin Diciembre 1908.

Sección Recreativa

Un andaluz tremendo se apostó en una ocasión en la entrada de una calle, navaja en mano, y diciendo:

—El que quiera alguna cosa con este mozo, no tiene más que respirar.

No atreviéndose nadie con aquel terne, todo el mundo pasaba silencioso, describiendo un medio círculo al pasar por su alrededor.

Ya se creía un héroe invencible, cuando acertó á pavar un chusco, que sin duda alguna conocía el carácter del insultante andaluz, á quien le dijo:

—Ea, ya ha tropezado usted con la horma de su zapato; yo soy, por lo menos, tan valiente como usted.

—Compare, le responde, ¿será eso verdad? ¿Con que tan valiente es usted? Pues entonces póngase usted á la verania, á ver quien quiere argo con nosotros dos.

La señora de la casa sorprende á su criado en el momento en que éste va á echarse al colete una copa de Jerez, y exclama:

—¡Estoy sorprendida, Juan!!

—Más lo estoy yo, que creía que la señora había salido.

CANTARES

La leña del infierno
son los ociosos,
y el humo de la leña
los orgullosos.

Que no se hayan reído
puede haber muchos;
mas que no hayan llorado
no habrá ninguno.

Solución á la charada anterior.

Violín

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Imp. de M. Riera, (antes de «El Popular»)